



Había en mi pueblo natal, Bilbao, un hombre de grandísimo ingenio, el pintor Adolfo Guiard, que cuando nos hablaba del interior de España con relación a sus costas solía decirnos: «desengañaos, la civilización no llega sino hasta donde llega la marea». Esto lo decía en nuestro Bilbao, unos kilómetros tierra adentro y en cuya ría, a las puertas de la villa, se conoce pleamar y bajamar.

La frase de Guiard es dura y en conjunto falsa, pero encierra una parte de verdad.

El cerebro del hombre tiene, merced a las circunvoluciones de sus repliegues, mucha más superficie respecto al volumen que la tienen los de los animales inferiores y es que la superficie delimitante, la frontera, es

el campo de relación. Y así sucede con las naciones. La gran extensión de costas que Grecia tenía, en relación a su area, con sus golfos, escotaduras y sus archipiélagos de islas, es lo que ayudó a su espléndida civilización. Pericles sabía bien que era en el mar donde estaba el porvenir de la grandeza y de la cultura, en el mar que es como la sangre de la Tierra económica. Fué el pueblo fenicio, un pueblo de comerciantes, es decir, de navegantes, el que desamortizando y civilizando, es decir, haciendo civil un secreto religioso de los sacerdotes egipcios, universalizó la escritura. De instrumento de rito y liturgia lo convirtió en instrumento de letras de cambio.

Aunque nuestra Península



costero Juan Maragall hizo decir a una voz:

Sola, sola en mitj dels camps,  
terra endins, ampla es Castilla,  
y está trista. que sols ella  
no pot veure els mars llunyans.  
Parleuli del mar, germans.

Sí, sola en medio de los campos tierra adentro, ancha es Castilla, y si está triste es porque siente, aun sin darse clara cuenta de ello, de su soledad, su terrible soledad. Es la única que no puede ver los mares lejanos y hay que hablarle de ellos.

Y esa soledad de Castilla, en medio de los campos, tierra adentro, lejos de los mares, ha producido una cierta concepción robinsoniana que persiste en el fondo del alma de los pueblos de las mesetas centrales. Creen bastarse, creen poder vivir aislados. Fué dogma aquí mucho tiempo y ha seguido siéndolo, y lo es hoy para muchos, para los más, para casi todos los que callan, que España debe mantenerse aislada, que no debe comprometerse en tratos y contratos internacionales. Para muchos eso que llaman la neutralidad no es más que el sentimiento de tierra adentro, paramericano, de un huracán aislamiento. Es la soledad espiritual.

Alguna vez las grandes tempestades de los pueblos traen a las costas de la patria, a sus costas históricas, a las capas sociales nacionales que viven algo en el mar del comercio espiritual europeo, grandes oleadas de ese mar revuelto, y hasta ha sucedido que la marea de la corriente histórica haya subido hasta el

centro. Tal sucedió cuando la galerna napoleónica. El gran Napoleón metió las olas de sus lecciones hasta el corazón de la meseta. Y fué la guerra de la Independencia. Guerra de independencia, sí, guerra de una noble, bravía y heroica independencia, pero guerra también de soledad. Defendíase la independencia pero se defendía también el aislamiento y la siesta sagrada y el apartamiento de Europa.

Lo que se llamó la francesa parió nuestras guerras civiles del pasado siglo XIX y esas guerras fueron robinsonianas, como de una isla en medio del mar de la historia europea. Las gentes del monte peleaban contra las de la costa.

Estalla esta máxima guerra actual europea, la más grande tragedia histórica que los siglos han visto acaso, y asistimos al curioso y triste espectáculo de que en España la contemplan mucho con ojos de tierra adentro, y esto aun gente nacida y criada en las costas pero más influida por el viento terral que por la brisa marina. Esta guerra la han visto y la han juzgado aquí muchos con el alma misma con que la habrían visto y juzgado nuestros aventureros extremeños o castellanos o leoneses del siglo XVI, en rigor con el alma de un rabadán de pastores de merinas hecho tal vez cabcilla.

Y es natural. Los Imperios Centrales, que así los llaman, imperios también de tierra adentro aunque últimamente



ibérica tiene bastantes costas no son excesivas para su área, una buena parte se la lleva Portugal, y luego ocurre que para internarse desde ellas hay que subir, y por subidas abruptas, a las mesetas del interior. Ninguno de nuestros grandes ríos es navegable por el interior. Todos ellos se precipitan torrencialmente al mar y como escapando de las altas sierras donde nacen.

El mar, la marea, ha influido poco, muy poco, poquísimo, en la mentalidad de los pueblos del interior de España, de los pueblos de la meseta y eso que el hecho histórico más grande de nuestra historia española, el descubrimiento de América, es un hecho marítimo.

Es curioso que los primeros más grandes conquistadores de América, Cortés, los Pizarros, Orellana, Alvarado, fueran del interior, de los parameros, generalmente de Extremadura, de esa especie de mar petrificado, de ese piélago de tierra calcinada, que es lo más lejano al mar marino, al mar de agua, al verdadero mar, que cabe imaginarse. Pero esos hombres se fueron de un continente a otro, de una tierra a otra tierra, atravesando el océano mar sin que el mar entrara en ellos. Debieron atravesarlo en una siesta de modorra.

Hoy día mismo emigran a América, cruzando el Atlántico, pobres labriegos castellanos, leoneses, aragoneses, extremeños pero pasan el mar como quien pasa un sueño. Los he visto a bordo de un vapor como podrían ir ovejas. Y así miran al

mar, lo miran como puede mirarlo desde una pradera de la costa una vaca que rumia.

Las cosas marinas, los problemas náuticos, apenas interesan en el interior de España y de aquí la mezquindad de sus ideas respecto al comercio de los pueblos y el prejuicio robinsoniano, que persiste en el fondo del español de la meseta. Si Felipe II o alguno de sus sucesores hubiese hecho capital de España a Barcelona o a Lisboa, o aunque fuese a Sevilla, en vez de hacer a Madrid la historia de nuestra patria habría cambiado. Habríase mirado y afrontado ciertos problemas, sobre todo los de relaciones internacionales, mirándolos y afrontándolos desde la costa y no desde el corazón de la meseta, tierra adentro, al pié de las sierras. Véase esos problemas con sentido de paramera, de tierra adentro, con espíritu de pastor trashumante acaso. Llevábase a nuestro pueblo como se le llevaba al rebaño de las merinas por las cañadas de la cuesta de los pastos de invierno de las llanadas extremeñas en los altos pastos de verano de las serranías leonesas.

Las entrañas de Iberia, las altas tierras que se tienden en las vertientes de Gredos, espinazo central de la Península, en las de las otras cordilleras centrales jamás han oído el canto del mar lejano. No sólo no ha llegado, no ha podido llegar a ellas la marea; no ha llegado la brisa del mar, el hálito marino.

En su *Himne ibérico* el gran poeta ibérico catalán, el poeta

Alemania aspirase a crearse una marina y con ella a la hegemonía del mar, quitándosela a Inglaterra, esos imperios sin tradiciones marinas, representan hoy el espíritu de tierra adentro, de soledad en medio de los campos—aunque estos campos estén cuajados de fábricas—que representó en el siglo XVI la España castellana, aquella España que puso al frente de la Armada Invencible a hombres que nada sabían del mar.

Esta posición de tierra firme, de tierra enjuta, de tierra que no puede ver los mares lejanos, es lo que ha influido para la trágica inconciencia internacional

blo no tiene conciencia de su destino, de su misión histórica, sino viéndose frente a los otros pueblos y junto a ellos.

«¡Agua, sol y guerra en Sebastopol!» decían en Castilla allá por los años que siguieron a la guerra de Crimea. Era como llegaban a las entrañas de Iberia las salpicaduras de aquella guerra. Ahora también llegan las salpicaduras de esta guerra y si algunos en España con ella y merced a ella medran, se siente que se paraliza el tráfico, que las subsistencias encarecen, que no nos bastamos para alimentarnos y sostenernos como gente civilizada y que a pesar de la tan

celebrada y tan fatídica sobriedad castellana—esa sobriedad gemela de la siesta—no podemos vivir sin los otros. Y aquellos sin los que no podemos vivir son los vecinos.

En esta España de tierra adentro, sola en medio de los campos, lejos de los mares, son legión los que a pesar de saberlo abstractamente, por los textos de geografía, no saben aun en vivo que



Una de las salas de nuestra Sección de Especialidades y productos Farmacéuticos

del centro de la Península. Y acaso esa inconciencia internacional, ese no verse bien frente a los demás pueblos y junto a ellos, es lo que hace tan turbia y a la vez tan quisquillosa la conciencia nacional. Porque así como un hombre no se ve bien a sí mismo sino frente a los otros y junto a los otros, así un pue-

blo no tiene conciencia de su destino, de su misión histórica, sino viéndose frente a los otros pueblos y junto a ellos. «¡Agua, sol y guerra en Sebastopol!» decían en Castilla allá por los años que siguieron a la guerra de Crimea. Era como llegaban a las entrañas de Iberia las salpicaduras de aquella guerra. Ahora también llegan las salpicaduras de esta guerra y si algunos en España con ella y merced a ella medran, se siente que se paraliza el tráfico, que las subsistencias encarecen, que no nos bastamos para alimentarnos y sostenernos como gente civilizada y que a pesar de la tan celebrada y tan fatídica sobriedad castellana—esa sobriedad gemela de la siesta—no podemos vivir sin los otros. Y aquellos sin los que no podemos vivir son los vecinos. En esta España de tierra adentro, sola en medio de los campos, lejos de los mares, son legión los que a pesar de saberlo abstractamente, por los textos de geografía, no saben aun en vivo que

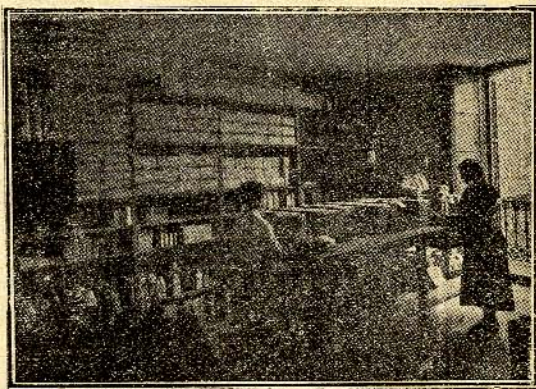
no se puede ir a los Imperios Centrales sin cruzar tierras o mares de otros pueblos.

Hay en España lo que podríamos llamar una concepción y un sentimiento pararámericos, de páramo central, de nuestra posición internacional. No se puede ver lo mismo la guerra desde un puerto de mar que desde un puerto de tierra, desde uno de esos pasos de un valle a otro en nuestras serranías centrales. No se puede seguir lo mismo el curso de la guerra ni

se podrá seguir el del arreglo de la paz desde Barcelona o desde Bilbao o desde Cádiz o desde Vigo que desde lo que queda del Monasterio de Yuste perdido en un repliegue de la sierra de Gredos y a donde fué a enterrarse en vida el Emperador de Alemania y rey de España Carlos o desde el Escorial, o aun desde Madrid que tiene no poco de Yuste o de Escorial. Desde el Escorial se dirigió la loca empresa de la Armada Invencible, contra Inglaterra, y así salió él! Y no se le culpe al mar. Es una simpleza aquello de las palabras que la leyenda atribuye a Felipe II: «no la envié a luchar contra los elementos!»

El mar es un elemento, sí, ya que elementos llamaban los antiguos al agua, al fuego, al aire y a la tierra, pero el mar es un elemento moral, espiritual, cultural, como lo es la tierra.

A estos adustos pardos páramos del interior, de tierra adentro, no llega bastante lluvia y la



Empaquetaje de productos químicos y farmacéuticos de nuestra fabricación.

que cae en ellos se va al punto torrencialmente y cuesta abajo al mar. Las blandas nubes no llegan acá; detienenles las crestas de las sierras. Y tampoco llegan las otras nubes cargadas de otra lluvia.

Está bien, muy bien hacer pantanos que en lo posible detengan el agua que de las nevaras de las cumbres se precipita enfangada pronto y arrastrando la tierra mollar, al mar lejano, pero hay otros pantanos que hacer, pantanos que retengan las aguas del pensamiento europeo aireado con aires del mar. Brisas espirituales del Mediterráneo, brisas espirituales del Cantábrico son las que han de despertar la conciencia internacional y con ella la nacional de España, de la España total, íntegra, completa. Hace falta una vida espiritual, política, cultural, que sea centrípeta, de la pe-

riferia al centro y no centrífuga, no del centro a la periferia.

Yo no dudo de que haya esto que se llama germanófilos,—y que maldito si aman a Alemania, de la que nada saben,—en nuestras regiones costeras, mercantiles, industriales, pero serán influidos por el viento terrenal, el que sopla de Yuste o del Escorial, pero los más de ellos, de los que así se llaman, están contemplando, Robinsones de la historia, esta tremenda tragedia desde el siglo XVI. Son gente sobria de cuerpo y de espíritu, de estómago y de inteligencia, que se dice: «mañana será otro día!»

Las olas de esta tremenda galerna son imponentes y baten los flancos de nuestra patria y se meten por ella y llegan hasta su corazón. En las más recónditas entrañas de España se siente la repercusión de la guerra. El pastor de Gredos sabe que se

le dificulta la vida porque allá, lejos, en tierras de Europa, se están batiendo unos hombres, aunque no sepa que se baten por la justicia y la civilización cristianas contra la barbarie del imperialismo militarista. El pastor de Gredos, nieto acaso de comuneros de Castilla, no sabe que un descendiente de aquel que se enterró en Yuste es el que ha desencadenado esta tormenta.

Voces del mar, de los pueblos criados a los pechos del mar es lo que necesita oír esta España castellana, perdida tierra adentro en resquemores del siglo XVI, y no voces de Imperios Centrales, de tierra adentro, de conquista, no voces de imperios medievales con manto de última moda.

*Miguel de Unamuno.*

Salamanca, XI. 16.

